

guardia, hablará siempre de la vida de su autor. Aun si quien la escribe habita las tinieblas, existirá un momento en que la inspiración sea “una manera de orientarse / a tientas, una búsqueda intuitiva, / una tentativa por arrojar luz / sobre los objetos que dormitan / cerca de nosotros”; en que la poesía permita acceder a nuestra biografía sin creer en los marcos y la linealidad, abrazando el caos que habita en la memoria.

Hay en el libro una debilidad lírica por las casualidades que a primera vista poco tienen que ver con nosotros pero gracias a la pasión nos afectan. Es ella la fortaleza del libro. El poema “Ross y Rachel van a volver (we were on a break)” teje una red de señales: una ruptura entre dos personajes de la serie *Friends*; la fecha de estreno de la cuarta temporada anotada detrás de una fotografía de infancia de la novia sin nombre ni rostro que atraviesa todo el poemario; la escritura ficcional de una larga carta que asegura la reconciliación y, en oposición, la carta jamás escrita por el yo lírico que prueba el rompimiento definitivo. Señales, redes que muestran el gris desamor del poeta y afirman que la memoria, como el desamparo, es siempre una habitación vacía; un instante suspendido en el que nada, salvo la vida contada por los otros y por uno mismo cuando se recuerda, existe. La historia de un hombre es también las acciones que a su paso desdeñó, el inventario de su fracaso.

Entre las páginas de *Departamento Bonsái* se percibe un intento por tocar la raíz de la ausencia y hablar de los estados anímicos y prácticos que a partir de ella crecen. No un deseo del retorno sino de la aceptación –a modo de brújula para los amantes– de que “el pasado no nos ensució en vano”. Tal vez quiera el poemario, en su discurso áspero y a un tiempo mi-

nimalista trascender los temas e inclinaciones de la poesía moderna, donde el hombre fue revelado no como un héroe sino como un ser lleno de contradicciones, desprovisto de una fe y dotado de una atrevida curiosidad, entregado al azar y sus giros de tuerca en cuanto a los destinos se refiere y en cuanto a forma y uso del verso puede comprobarse (véanse los deleitables y oscuros escritos de Baudelaire, Rimbaud, T. S. Eliot, Walt Whitman, Jules Laforgue y otros). Su visión quiere, acaso en forma, ir un paso más allá de esa búsqueda. Por ello intenta crear un diálogo entre conciencia e inconsciencia a través de frases producidas por la razón, y cuestionar el orden individual y aparente al que nos adaptamos como seres urbanos. No la queja, ni la expresión de lo salvaje y lo grotesco, del misterio y su desazón sino la serenidad del derrotado que antes de señalar al enemigo cuestiona la lealtad de sus propias armas. La sencillez del poemario es poner sobre la mesa que la ruptura está en cada uno de nosotros y la tragedia íntima y personal es, por más insignificante que parezca, una oportunidad de crecer y madurar. Lo demás es poema.

Habrá que dar la bienvenida sin reservas al primer libro del mexicano, y aceptar que dentro de las propuestas contemporáneas en el terreno de la poesía joven de las que tenemos noticias esta voz va en busca de su singularidad. *Departamento Bonsái* es una ópera prima que no niega sus fallas pero tampoco su intento por ir en busca de lo esencial. **LPyH**

• **Brianda Pineda Melgarejo** (Xalapa, 1991) estudió Lengua y Literatura Hispánicas (UV). Ha publicado en las revistas *La Palabra y el Hombre*, *F.I.L.M.E.* y *Liberoamérica*.

Bergson y la filosofía del devenir

Filosofía

Karina Hernández Hernández



Vladimir Yankélévitch,
Henri Bergson,
trad. Francisco González Aramburu,
col. Biblioteca, Xalapa, UV,
2017, 359 pp.

La Editorial de la Universidad Veracruzana conmemoró en 2017 su 60 aniversario, y para refrendar la trascendencia de su fecunda labor reeditó varias obras, entre ellas un título excepcional: *Henri Bergson*, considerado el estudio más completo que sobre la obra del “filósofo de la intuición” se ha escrito hasta la fecha. En efecto, en ella el también filósofo Vladimir Yankélévitch explica con claridad y sencillez deslumbrante cada uno de los tópicos filosóficos que Bergson consideró de gran relevancia.

Fiel a la filosofía del devenir, misma que expresa la movilidad, la continuidad y la fluidez de la totalidad de lo real, la interpretación de Yankélévitch se despliega y el lector se percibe de repente pensando y viviendo el ser en plena

continuidad. Es preciso señalar que es muy extraño tener este tipo de experiencia con la filosofía debido al grado de abstracción que comúnmente la caracteriza.

Quien ha leído filosofía pero por algún motivo no ha tenido la oportunidad de acercarse a algún texto de Bergson o sobre él, encontrará en esta obra una nueva manera de hacer y entender el quehacer filosófico. Pero quien no conoce al filósofo francés, tendrá una inusitada experiencia al percatarse de que en él filosofía y vida guardan una íntima conexión en tanto que aquélla permite llegar a la profundidad no sólo de la realidad física, sino también de la realidad psicológica, puramente personal e inmensurable.

Pero ¿por qué razón en Bergson encontramos una nueva forma de hacer y pensar la filosofía? La respuesta es sencilla: justamente porque puede entenderse como una reacción contra todo tipo de pensamiento que pretenda reducir el conocimiento al conocimiento científico. Su filosofía es un enfrentamiento directo contra lo estático, lo puramente lógico y esquemático; por esa razón, el mecanicismo, el materialismo y el positivismo científicista imperantes serán duramente cuestionados. En este aspecto, es admirable la claridad con que Yankélévitch expresa cada uno de los argumentos que esgrimió el filósofo francés en contra de todas esas formas esquemáticas para pensar la totalidad de lo real.

Cabe resaltar que cuando Bergson cuestionó la forma en que las ciencias naturales pensaban la realidad, trató de mostrar que estas son incapaces de llegar al corazón de la realidad ontológica, misma que es movimiento, devenir, inestabilidad y dinamicidad; en suma, duración. Y es que advirtió dos cosas: el lenguaje científico, al ser abstracto, no puede explicar la rea-

lidad en sí y mediante el método científico es imposible aprehender el ser. Como Yankélévitch menciona, para Bergson fue necesario un nuevo método que permitiera acceder a lo real, lo absoluto, vale decir, a la realidad toda. Para captar la realidad que es duración fue necesario el método de la intuición, ya que sólo ésta sigue la continuidad de lo real en todos sus matices y progresivamente.

Yankélévitch va explicando cómo, mediante la intuición, Bergson precisa que no sólo es posible conocer la realidad del mundo físico, sino también la realidad psicológica o interior. Y así como la realidad física se explica como algo que está en continuo cambio, es decir, siendo, del mismo modo debe entenderse la realidad interior: el yo. Éste se conforma por una multiplicidad de estados psicológicos que siguen un proceso ininterrumpido en el tiempo. En este sentido, es muy significativa la explicación que sobre el ser humano ofrece Bergson, porque el hombre, para él, no es el sujeto pensante de la modernidad, sujeto puramente racional y estático. Por el contrario, el individuo según Bergson es un ser corpóreo y por ello mismo es duración, devenir constante. Para el filósofo francés, el ser humano conserva el pasado en el presente gracias a la memoria y vive la duración, puesto que está siendo, y de este modo va conformado su historia personal gracias a la conciencia y la experiencia de su libertad.

En cada línea de la obra de Yankélévitch podemos percatarnos de que para Bergson nada es; vale decir, que nada está dado definitivamente, sino que la realidad tanto física como interior está siendo, en virtud de la libertad creadora. Y en este sentido resulta también de gran relevancia la concepción que tiene sobre la religión, la moral y la sociedad. Para

él, cuando estas son “estáticas” o “cerradas”, es decir, obligatorias y autoritarias, no son aptas para las personas libres. Según Bergson, cuando Kant alude al imperativo del “deber por el deber”, no expresa más que una moralidad fría y mecánica con una religión que la sustenta y que pretende ser impositiva y constrictiva. La moral “abierta”, por el contrario, depende de la inteligencia y de la libre voluntad del hombre. Cuando la sociedad es “abierta”, los gobiernos son tolerantes y responden a los deseos e inquietudes de la ciudadanía. En este tipo de sociedad, los autoritarismos, las imposiciones y la violencia, características de la “sociedad cerrada”, no son permitidas.

Sin lugar a dudas, *Henri Bergson* es la más viva expresión de que el método científico no es la única vía de acceso a lo real. En lo personal, considero que esta obra nos invita a reconocer los límites de la ciencia y la existencia de otros modos de conocimiento distintos. De igual forma, me parece que el “filósofo de la intuición” tiene la intención de hacernos comprender que ni la realidad ni nosotros mismos estamos determinados. En este sentido, es preciso señalar que es muy importante aceptar la existencia de otros métodos de conocimiento además del método científico, ya que ello nos permitiría percibir el ser en su riqueza, variedad, continuidad y dinamicidad. No obstante, reflexionar en el hecho de que somos libres es aún más maravilloso, puesto que podría incitarnos a realizar cambios significativos en el ámbito personal, social, económico y político. **LPyH**

• **Karina Hernández Hernández** es maestra en Filosofía por la UV y autora del libro *Guía lógica* (2017).